

Negros y mulatos en Cartagena de Indias: memoria, olvido y búsqueda de reconocimiento

A la memoria de mi padre Carlos Ortiz,
que no precisa olvidos.

EL AUTOR:

Historiador de la Universidad de Cartagena, candidato a magíster de la Universidad de los Andes. Coautor del libro *Desorden en la plaza*, y de la compilación de ensayos *Los 50 días que hicieron a Colombia*, editado por Planeta y la revista *Semana*; ganador de la VI Convocatoria de las becas culturales "Héctor Rojas Herazo", del Observatorio del Caribe Colombiano y el Ministerio de Cultura; ganador de la Beca Andina de Apoyo a la Investigación del Instituto Francés de Estudios Andinos-Ifea.

E-mail:
javierortizcass@yahoo.com

RESUMEN

Este artículo explora las prácticas de invisibilización y olvido usadas por los sectores hegemónicos de la ciudad de Cartagena en los primeros años del siglo XIX contra los grupos de negros y mulatos, durante el proceso de construcción de la memoria oficial de la Provincia de Cartagena y de la nación. Nos interesa mostrar cómo la temprana negación de los negros y mulatos en la construcción de la memoria oficial de la naciente República y de la provincia, resulta directamente proporcional a su participación en las luchas por la independencia y a todas las actividades desplegadas por éstos en la búsqueda de reconocimiento. Para la élite social y política cartagenera, que se asumía como blanca y con pretensiones ordenadoras, reconocer la importancia de los negros y mulatos en la configuración de la sociedad resultaba bastante incómodo, lo que se refleja en la negación de estos sujetos en las memorias, geografías y demás textos producidos durante el siglo XIX.

PALABRAS CLAVE: negros, mulatos, memoria, olvido, reconocimiento.

ABSTRACT

BLACKS AND MULATTOS IN CARTAGENA DE INDIAS: REMEMBERED, FORGOTTEN, AND THE SEARCH FOR RECOGNITION

This article explores the practices of invisibilization and forgetting that were used by the hegemonic sectors in the city of Cartagena in the early years of the 19th century against groups of blacks and mulattos during the process of the production of the official memoir of the Province of Cartagena and the nation. We wish to demonstrate how the early denial of blacks and mulattos in the production of the official memoir of the nascent republic and the province was directly proportional to their participation in the fight for independence and all the actions that they undertook in search of recognition. Cartagena's social and political elite, white and with pretensions of ruling, were uncomfortable with recognizing the importance of blacks and mulattos in the construction of society, which was reflected in their refusal to include these social agents in the memoirs, geographies, and other texts produced during the 19th century.

KEYWORDS: blacks, mulattos, memoirs, forgetting, recognition.

En 1822, cuando todavía no se había disipado por completo el ruido de la artillería ni el olor a pólvora de las luchas por la independencia, se publicó una geografía de Colombia con el título de *Colombia: relación geográfica, topográfica, agrícola, comercial y política de este país*¹. La geografía obedecía al nada fácil intento de los políticos de la naciente república por construir un discurso de unidad en medio de un territorio altamente fragmentado. El objetivo, mostrarnos ante la comunidad internacional, especialmente la europea, como un territorio civilizado, maduro políticamente y con una antiquísima tradición común.

Aunque la publicación no registra un autor específico, quienes se han detenido a estudiar el texto, parecen encontrar en el diplomático cartagenero José María del Real su más seguro autor². Del Real, quien había sido elegido presidente de la Junta Suprema de la Provincia de Cartagena en enero de 1811, fue nombrado por el presidente Camilo Torres y el secretario de Estado Miguel de Pombo, el 9 de abril de 1814, como enviado oficial de la "Nueva Granada ante el Gobierno de Su Majestad Británica"³. Fue precisamente en Inglaterra donde se editó por primera vez la geografía, en inglés y español, por la compañía londinense Baldwin, Cradock y Joy. Del Real llegó a Londres el 27 de octubre de 1814, y un mes después, en carta fechada el 2 de noviembre de 1814, pedía documentación a Colombia y manifestaba que todos los documentos que había llevado consigo a Inglaterra eran de

¹ La edición consultada para el presente trabajo es la siguiente: *Colombia. Relación geográfica, topográfica, agrícola, comercial y política de este país*, Banco de la República, Bogotá 1974.

² Véase por ejemplo Sergio Elías Ortiz, *Colección de documentos para la historia de Colombia*, Vol. cv, Editorial Nelly, Bogotá, 1965; Enrique Otero D'Costa, "Noticias bibliográficas relativas a obras raras escritas por autores ingleses sobre historia y viajes por Colombia", en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. xxx, Academia Colombiana de Historia, Bogotá 1943.

³ Gabriel Jiménez Molinares, *Los mártires de Carta-*

sumo interés, especialmente “el Acta Federal y las Constituciones”, que le permitieron “dar a conocer que [en Colombia] hay orden y un sistema de Gobierno, que hasta ahora se ignoraba por acá”⁴.

Nada de extraño parece tener, el que un político y diplomático de la élite cartagenera de la primera mitad del siglo XIX participara en esta importante tarea. Lo que sí llama poderosamente la atención, si se mira como una temprana estrategia de invisibilización, y por los datos demográficos que conocemos, es que en la descripción que se hace de la ciudad y la provincia de Cartagena, los negros y mulatos, aquellos que sólo pocos años atrás lo habían apostado todo en las luchas por la conformación de la naciente república, no aparezcan registrados⁵. De acuerdo con lo que señala la mencionada geografía, “la población de Cartagena de Indias se cree sea de 25.000 almas. De estos los descendientes de los indios, que ocupan los arrabales, son los más numerosos. El resto son chapetones, o Europeos”⁶.

Este develado interés de la geografía de Colombia por ocultar y minimizar la población negra del territorio, se refleja claramente cuando se esfuerza por mostrar que en Venezuela, que en esos momentos hacía parte de la llamada Gran Colombia, y que tenía una alta presencia de negros, mulatos y pardos, al punto de generar en Simón Bolívar el temor a la pardocracia o la guerra de razas, no era importante por su número:

Entre las castas que componen la población de Caracas, la de Negros (que excita tanto el interés que es debido a la humanidad, como el temor de una reacción violenta), no es importante por su número; pero lo es por su acumulación en un pequeño territorio. Mas abaxo se vera, que en toda

la capitania-General no excede una decima quinta parte de toda la población⁷.

Es decir, los negros son aparentemente significativos en Venezuela sólo por su alta concentración en un espacio como la provincia de Caracas, pues en total, en “las Siete Provincias Unidas de Venezuela, hay 60 mil Negros, y gente de color, que antiguamente eran esclavos”⁸, cifra que si se compara con los 212.000 negros de la isla de Cuba, cuya extensión es ocho veces menor que la de Venezuela, los 60.000 mil negros y mulatos de Venezuela resultan insignificantes.

Detengámonos un momento y analicemos estas afirmaciones, de acuerdo con el objetivo del presente texto, esto es, la relación, teniendo como protagonistas a los negros y mulatos en Cartagena, entre memoria, olvido y búsqueda de reconocimiento. La pregunta sería entonces, ¿por qué el interés del diplomático cartagenero por olvidar, por no reconocer, por sacar de la memoria oficial que se está construyendo a los negros y mulatos de la provincia de Cartagena? Aventuremos algunas respuestas.

En Cartagena de Indias, por su condición portuaria y por la necesidad de prestación de servicios, se conformó un importante grupo de negros y mulatos, esclavos y libres que alcanzaron, gracias a la pericia en el manejo de varios oficios, un lugar dentro de la configuración de la sociedad cartagenera. Los censos demuestran que los oficios de herrero, cantero, alarife, zapatero, sastre, carpintero, eran ejercidos por negros y mulatos⁹. Los esclavos a jornal, es decir, el esclavo puesto a ganar en el ejercicio de oficios acordes con las demandas de la ciudad, obligado a traer diariamente una cantidad estipulada a su amo, pero con la po-

gena de 1816 ante el Consejo de Guerra y ante la historia, tomo II, Imprenta Departamental de Bolívar, Cartagena, p. 177.

⁴ Colombia. Relación..., op. cit., p. XI.

⁵ Para un análisis de la participación de negros y mulatos en las luchas por la independencia de Cartagena véase Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Áncora Editores/Banco de la República, Bogotá 1998; Aline Helg, *Liberty and Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835*, The University North Carolina Press, Chapel Hill-Londres 2004; Adelaida Sourdis, *Cartagena de Indias durante la primera república*, Banco de la República, Bogotá 1988.

⁶ Colombia. Relación..., op. cit., p. 178. Las cursivas son nuestras.

⁷ *Ibid.*, p. 235. Se respetó la ortografía del original.

⁸ *Ibid.*

⁹ Véase por ejemplo: Adolfo Meisel Roca y María Aguilera Díaz, “Cartagena de Indias en 1777: un análisis demográfico”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, Bogotá, Vol. 34, No. 45, 1997; Antonio Vidal Ortega, “Entre la necesidad y el temor: negros y mulatos en Cartagena de Indias a comienzos del siglo XVII”, en Berta Ares Queija y Alessandro Stella (coordinadores), *Negros, mulatos y zambaigos. Derroteros africanos en los mundos ibéricos*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla 2000.





sibilidad de quedarse con el excedente, tenía como ventaja el contacto con la calle, con el mundo libre. Muchos esclavos de Cartagena de Indias, podían ir acumulando dinero e inclusive realizar transacciones económicas. Fray Juan de Santa Gertrudis, un fraile franciscano que pasó por Cartagena en 1756, relató la manera como en los días de pago de jornal a los negros que trabajaban en las fortificaciones de la ciudad, varios grupos de negros organizaban improvisadas plazas de mercado y vendían toda suerte de frutos de la tierra y “vitualas de comer”, cazabe, carne en tasajo, piñas, tamarindo, cocadas, coco, plátanos. El fraile también se percató muy temprano de que los negros constituían las haciendas de las señoras, y desde la mañana despachaban a sus esclavos de “10 años para arriba hombres y mujeres, a buscar la vida. Ellos se han de mantener, y a la noche cada uno ha de llevar un real a su amo”. Lo que vemos es que a pesar de su condición de esclavizados, estos negros y mulatos hacen parte del circuito económico de la ciudad.

El negro esclavo y el negro y mulato artesano libre, se fueron valorizando. La solicitud de la señora Antonia de la Barcena y Posada, hecha ante las autoridades de Cartagena en 1805, refleja las habilidades de estos artesanos al punto que podían convertirse en una traba para su libertad. En su alegato, la propietaria pide que se tace a su esclavo Carlos con un precio mayor de 250 pesos. Se refería a él como su posesión más preciada, alaba sus virtudes, y ruega por una tasación de su libertad más alta, para no privarse de un magnífico artesano¹⁰.

Lo que nos interesa poner de relieve es que por las características de la esclavitud urbana, por el mayor contacto con la calle y por la necesidad que de ellos se tenía debido a sus habilidades en el manejo de los oficios necesarios para el funcionamiento de la ciudad, los negros y mulatos fueron ganando reconocimiento, hasta convertirse en importantes actores políticos

durante el proceso de independencia. A comienzos del siglo XIX viajeros como Carl August Gosselman y Gaspard

Theodore Mollien relataron, no sin cierto disgusto, el orgullo y la antipatía de los negros y mulatos de Cartagena, especialmente los marinos, debido a lo apreciado de esa práctica en una ciudad como Cartagena¹¹.

La constitución de los negros y mulatos como sujetos políticos en Cartagena de Indias, nos pone ante la necesidad de valorar las formas de circulación de la información más antiguas como el pasquín y el rumor. Formas que indudablemente no podían ser ajenas a una gran masa de población negra que se movía a diario por las calles de Cartagena. Los esclavos cartageneros no estaban relegados a los barrios o áreas periféricas, habitaban en todo el espacio urbano, vivían al lado de las personas libres, participaban en los eventos de la ciudad y estaban presentes en todos los espacios de intercambio y circulación de ideas, informaciones y noticias¹². En 1799, por ejemplo, apareció en la calle de las Carretas un pasquín que invitaba a la rebelión: “ya es tiempo –decía el escrito– que rompamos el yugo que tanto nos oprime: respiremos de la crueldad con que nos quieren abatir: y acabese para esto de cualquier modo el infame gobierno que tanto nos abate [...]”¹³. Se sabe también que a finales del siglo XVIII los propietarios de esclavos y las autoridades estaban muy alertas ante los esclavos procedentes de Haití, y trataron a toda costa de evitarlos o que se juntaran con los demás de esclavos.

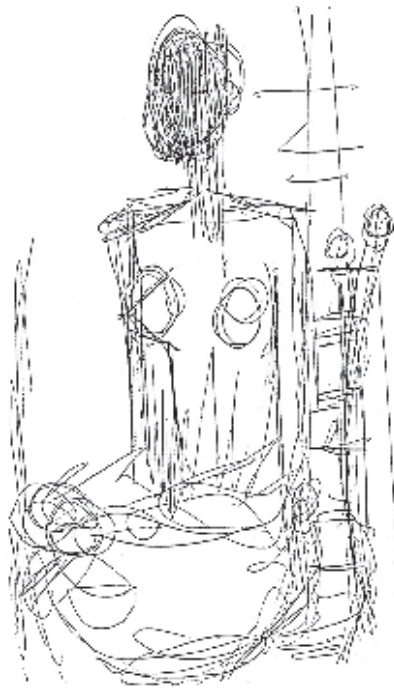
Es precisamente por la época en que Del Real se traslada a Londres a cumplir con su misión diplomática, que los negros y mulatos en Cartagena de Indias están desarrollando un mayor protagonismo político. En 1814, el mismo año en que es nombrado Del Real, se le asigna a Manuel del Castillo, quien se encontraba en Santa Fe, el cargo de comandante de la Plaza de Cartagena. Del Castillo

¹⁰ Citado por Jaime Jaramillo Uribe, *Ensayos de historia social colombiana*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 1968, ps. 61-62.

¹¹ Carl August Gosselman, *Viaje por Colombia, 1825 y 1826*, Banco de la República, Bogotá 1981; Gaspard Theodore Mollien, *Viaje por la República de Colombia en 1823*, Colcultura, Quinto Centenario, Bogotá 1992.

¹² Loredana Giolitto, “Esclavitud y libertad en Cartagena de Indias. Reflexiones en torno a un caso de manumisión a finales del período colonial”, en *Fronteras de la Historia*, volumen 8, Instituto Colombiano de Antropología e Historia –Icanh–, Bogotá 2003, p. 69.

¹³ Citado por Eduardo Lemaitre, *Antecedentes y consecuencias del once de noviembre de 1811*, Impresora Marina, Cartagena, 1961, pp. 3-4.



se traslada a Cartagena con la principal misión de pacificar la ciudad, y de evitar los “abusos” que las milicias de negros y mulatos estaban cometiendo en

la ciudad y la provincia de Cartagena con los prisioneros blancos españoles y los criollos. La ciudad en ese momento se encontraba en manos de los negros y mulatos, quienes aprovechaban la nueva coyuntura para llevar a cabo prácticas de justicia, como condenar a los prisioneros a trabajos públicos o colocarles cadenas y grilletes¹⁴. La revolución de independencia representaba un interregno y un paréntesis de autonomía, que estos negros y mulatos estaban aprovechando para revertir las injusticias¹⁵.

A pesar de los intentos de pacificación de Manuel del Castillo, en la noche del 5 de julio de 1815, unos meses antes de que se produjera el sitio de Pablo Morillo a la ciudad, varios oficiales de la marina y de la artillería, formada por negros y mulatos del barrio de Getsemaní y de pueblos de la bahía, asaltaron disfrazados, la prisión en donde había más de 280 presos españoles. Varios fueron asesinados y la mayoría resultaron heridos¹⁶. Castillo apresó a los autores del atentado y nombró una comisión comandada por el coronel Remigio Márquez para juzgarlos. Temiendo la sublevación de los negros y mulatos de Getsemaní, quienes permanecían en constante actividad, Del Castillo congregó a las llamadas tropas de “extranjeros”, soldados haitianos comandados por Histoy, cuyo objetivo era custodiar las prisiones. Sin embargo, los negros haitianos le notificaron a Castillo, que su obligación era sólo batirse con los españoles. La respuesta de los haitianos a las pretensiones del comandante de la plaza le dejaron muy en claro que éstos no se iban a enfrentar con sus similares del barrio de Getsemaní y de los pueblos de la bahía de Cartagena. Situación que Castillo comprendió muy rápido, pues de la manera más cautelosa posible frenó cualquier posible alianza y empezó a disolver la tropa. Tampoco

le quedó otro remedio que dejar libres a los culpables de haberse tomado la cárcel y asesinar y herir a los prisioneros.

Este era el panorama que presentaba Cartagena de Indias cuando José María del Real se trasladó a Londres, con la orden expresa de mostrar ante los británicos y ante el mundo “el orden y la tranquilidad que reina en todas sus provincias, procurando en todo dar la idea más ventajosa que pueda de nosotros”¹⁷. Estos eran, pues, para decirlo con palabras de Maurice Halbwachs, “los marcos sociales”¹⁸, es decir, la cadena de ideas y de juicios en los que se empezaba a construir la memoria oficial de la ciudad. La “idea más ventajosa”, no era entonces mostrar la avasallante presencia de los negros y mulatos en la provincia de Cartagena. Nombrarlos, así fuera como parte de la configuración humana de la provincia, les recordaba a las autoridades y a Del Real el protagonismo político que, justo en esos momentos, estaban jugando estos grupos en la configuración de los nuevos territorios. De modo que la temprana negación de los negros y mulatos en la construcción de la memoria oficial de la naciente república y de la provincia, resulta directamente proporcional a su participación y a todas a las actividades desplegadas por éstos en la búsqueda de reconocimiento. Lo que se observa claramente, como lo expresa Paul Ricoeur, es que este relato manipulado, “actúa como discurso justificativo del poder, de la dominación”¹⁹.

Acudimos a un temprano interés por mostrar un territorio con poca población negra y mulata. Es decir, a la construcción de una memoria histórica que soslaya el tema racial porque para los intereses de la élite que se asumía como blanca y con pretensiones ordenadoras, resultaba bastante incómodo. En este sentido, la construcción de un orden político en el presente, condiciona la memoria que se produce, pues mediante la doble referencia, esto es, al pasado y a “los horizontes de expec-

¹⁴ Jiménez Molinares, *Los mártires...*, op. cit., p. 5.

¹⁵ Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (compiladores), *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, Ediciones Era, México 2002.

¹⁶ Jiménez Molinares, op. cit., p. 192.

¹⁷ *Ibid.*, p. 178.

¹⁸ Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Anthropos, Barcelona 2004.

¹⁹ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Editorial Trotta, Madrid 2003, p. 116.

tativas de futuro, se va definiendo el sentido del orden”²⁰.

Reivindicar lo negro allí donde su presencia todavía está definiendo política y socialmente muchas cosas, evidentemente genera mayores grados de complejidad y resulta demasiado conflictivo para los grupos hegemónicos. En la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX, por ejemplo, la presencia física de los negros era bastante escasa, sin embargo, aparecen alusiones más explícitas en coplas, canciones y representaciones que en el territorio colombiano. La historiadora Carmen Bernand explica muy bien este fenómeno. En Argentina, en esa época lo negro no constituía ya un problema para la unidad nacional, para el proyecto homogeneizador en ciernes:

Los últimos negros habían sido promovidos al rango de “monumento histórico” de la nación, porque ya no amenazaban la homogeneidad blanca del orden social. Detrás de esos recuerdos brota la nostalgia por una ciudad que ya no existe donde las relaciones eran duras quizás, pero directas, paternalistas, afectivas, y no armónicas como en la sociedad de masas²¹.

La Argentina se podía dar el lujo de extrañar y reconocer simbólicamente a los negros que físicamente había destruido. En Colombia su “incómoda” presencia física hacía traumático su reconocimiento.

Marc Augé anota que “lo que se olvida y se recuerda no son los hechos mismos, tal como se han desarrollado, sino la ‘impresión’, el sello que han dejado en la memoria”²². Para la élite cartagenera, la impresión de los negros y mulatos como un grupo activo dentro de la Independencia y durante el siglo XIX, no le era nada agradable. Resultaba demasiado traumático recordar por ejemplo, que en 1811, un grupo numeroso de negros y mulatos sacaron a empellones de sus casas e hicieron saltar por patios y tapias a importantes miembros de la élite, a quienes acusaban de ser partidarios de la sublevación del Regimiento del Fijo, que pretendía instaurar nuevamente el orden colonial en la ciudad²³.

De manera que en la historiografía cartagenera, la posición activa de los negros y mulatos no va a ser valorada como un elemento importante para la construcción de la memoria de la ciudad. Por eso Joaquín Posada Gutiérrez, un militar y aristócrata cartagenero, quien escribió sus memorias a mediados del siglo XIX, no tiene ningún reparo en criticar a los negros y mulatos que apoyaron los intentos de toma del poder del general mulato José Prudencio Padilla, en 1828, a quienes calificó de “gentualla de todos los colores”, “negros ignorantes”, “última plebe”. Mientras que alaba a la “masa del pueblo prudente y circunspecta”²⁴. Posada Gutiérrez siente nostalgia, y se lamenta por la pérdida del “boato”, el “decoro”,

el “respeto” y “las buenas costumbres” que existían en la Colonia. Ante la angustia que siente el autor por el presente que vive, dota a la época colonial de un supuesto orden; ocurre una “sobreinversión de los recuerdos y de las expectativas mediante la que la libido sigue estando vinculada al objeto perdido”²⁵. Como anota Halbwachs, se re-desciende hacia el pasado, se le revive en la imaginación²⁶, y pasa a convertirse en refugio, en coraza de protección ante la desazón y la angustia por el presente. Así, los negros y mulatos que merecen hacer parte de la memoria de la ciudad, son aquellos sumisos y amantes del orden, que se mantienen bajo la tutela de la élite blanca.

Para mostrar que memoria y olvido no necesariamente se oponen de manera absoluta, Tzvetan Todorov dice que la memoria como tal es forzosamente selectiva, e inmediatamente aclara que el problema no es la elección, sino aquéllos que se arrojan el derecho de controlar la selección²⁷. Es la élite de la ciudad la que inaugura una memoria historiográfica oficial, que pretende convertirse en memoria colectiva²⁸. En Cartagena la historia y la memoria se influyen y se refuerzan; por mucho tiempo, la historia estuvo al mando de la memoria colectiva²⁹. Se construyó una tradición, que como toda tradición, era “radicalmente selectiva”, en tanto que representaba “una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado, que resulta[ba] entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social”³⁰. Es decir, a partir de varias posibilidades que ofrecía el pasado y el presente de la ciudad, ciertos significados y prácticas fueron seleccionados y acentuados, mientras que otros fueron rechazados y excluidos³¹. En resumen, se seleccionaba y acentuaba lo blanco español, y se rechazaba y excluía lo negro.

El carácter selectivo de la memoria plantea un uso deliberado del olvido. El olvido se puede tomar como una necesidad –Nietzsche fue uno de los que primero desarrolló la idea de la necesidad del olvido–, pero sin lugar a dudas, también es una estrategia³². La élite cartagenera construyó a través de la manipulación del pasado, y pertrechada en unos marcos sociales de producción que legitimaban un supuesto orden y una forma de control, una memoria que negaba o satanizaba la participación de los negros y mulatos en la configuración de la sociedad cartagenera. Lo que queda claro es que la manipulación de la memoria es algo más que una curiosidad psicológica. Se trata de un instrumento fundamental, un arma decisiva para cualquier grupo o individuo que aspire al poder en una determinada institución o una sociedad.

En este sentido, como bien lo anota Nathan Wachtel, “la tarea del historiador ahora con-

²⁰ Norbert Lechner, “Orden y memoria”, en Gonzalo Sánchez y María Emma Wills (compiladores), *Museo, memoria y nación*, VII Cátedra Ernesto Restrepo Tirado, Museo Nacional, Bogotá 2000, p. 67.

²¹ Carmen Bernand, “La población negra de Buenos Aires (1777-1862)”, en Mónica Quijada, Carmen Bernand y Arnd Schneider, *Homogeneidad y nación con un estudio de caso: Argentina siglos XIX y XX*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 2000, p. 140.

²² Marc Augé, *Las formas del olvido*, Gedisa, Barcelona 1998, p. 22.

²³ Manuel Ezequiel Corrales, *Efemérides y Anales del Estado de Bolívar*, Casa Editorial de J. J. Pérez, Bogotá 1892; Alfonso Múnera, *El fracaso...*, op. cit.

²⁴ Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, Imprenta Nacional, Bogotá 1921.

²⁵ Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Arrecife Producciones, Madrid 1999, p. 32.

²⁶ Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales...*, op. cit., p. 128.

²⁷ Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, Paidós Asterisco, Barcelona 2000, p. 16.

²⁸ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, Prenas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza 2004.

²⁹ Nathan Wachtel, “Memoria e historia”, en *Revista Colombiana de Antropología*, No. 35, Instituto Colombiano de Antropología (Icanh), Bogotá 1999, p. 77.

³⁰ Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Editorial Península, Barcelona 1997, p. 135.

³¹ *Ibid.*, p. 138.

³² Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado...*, op. cit., ps. 39-40.

siste en analizar las formas, mecanismos y función de estos recuerdos en la vida de los grupos sociales, así como sus interacciones y conflictos³³. Si bien el olvido es algo necesario, e inclusive un derecho, resulta traumático olvidar aquello que aún nos causa molestia, pues sólo es bueno el olvido cuando se nos olvida que hemos olvidado. Recordar el olvido de los negros y mulatos en la memoria oficial de la sociedad cartagenera, es una tarea importante, en tanto que el ejercicio de recordar “nos permita aprovechar las lecciones de las

injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día”³⁴. No es sano seguir almacenando en la alacena del olvido heridas simbólicas y materiales que exigen curación. “El deber de memoria es el deber de hacer justicia”³⁵. Es ella, la justicia, la que dota a la memoria del imperativo que la hace moverse de lo meramente cognoscitivo a lo pragmático. Tal vez poniendo esto en práctica, después de siglos, podamos derrotar en Cartagena de Indias la insoportable paradoja que sigue viendo a lo negro como un color *incómodo*.

³³ Nathan Wachtel, *op. cit.*, p. 87.

³⁴ Tzvetan Todorov, *op. cit.*, p. 32.

³⁵ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia..., op. cit.*

